

Tempo lento

El viento trae olor de primavera.

¡Qué bien se está en el jardín dormitando!. Angela ha barrido todo el patio y se ha pasado un buen rato regando con mimo las plantas. A mí también me gustan. Pero sobre todo me gusta verla trajinar por aquí fuera. Noto su olor perfumado, aunque demasiado intenso para mi gusto. Se acerca a mí y me acaricia la cabeza. Sin abrir los ojos me aprieto contra su mano. sonriendo me dice

- Vamos holgazán, levántate.

Abro los ojos. Se ha vestido chándal y zapatillas. Quiere salir a pasear. Me desperezco. Ya no tengo edad para salir corriendo. Bebo un poco de agua y la espero junto a la puerta mientras ella saca las llaves, cierra y las pone en el bolsito riñonera que lleva siempre que salimos. La miro en silencio.

Comenzamos el paseo. La rutina de siempre a paso lento. Recorremos la calle. Por encima de las verjas se asoman ya los rosales con sus capullos, margaritas que trepan buscando el sol, racimos de lilas sobre las barandillas y geranios que todavía tardarán semanas en florecer. Algunas casas tienen perros jóvenes que ladran como posesos al pasar nosotros. Angela ya los conoce y los va apaciguando por su nombre. Yo no les hago ni caso. Sigo mi camino pausadamente a su lado. Son perros tontos, nos conocen desde hace años y solo ladran para impresionar a sus dueños y vean que son buenos guardianes.

Enfilamos el camino de la estación. Ella está algo torpe, igual que yo. Antes, hace años, hacíamos este paseo corriendo. Al llegar a la explanada nos tirábamos al suelo felices. Cuando recobrábamos el aliento admirábamos nuestro alrededor. Un descampado lleno de verde, trévoles, y dientes león con sus flores amarillas. Niños correteando. Mamás con carritos de bebés, abuelos sentados en los bancos, jóvenes fumando marihuana un poco escondidos y agazapados detrás de los restos del torreón. Sus carcajadas y lenguaje soez nos llegaban con nitidez. ¡Juventud! Luego seguíamos el paseo.

Cuando llegábamos a la estación Ángela se sentaba en uno de los bancos. Le gustaba ver pasar los trenes. Yo callaba a su lado. Ella me hablaba bajito. Siempre lo hacía así cuando estábamos en la calle o en un bar. Me contaba que le gustaba imaginar

las historias de las gentes que subían o bajaban del tren. Que ella no había hecho nunca un viaje largo aparte del viaje de estudios de fin de curso del colegio. Soñaba con hacer uno. Siempre me lo contaba. A veces pasábamos la tarde frente al ordenador, buscando destinos, comprobando rutas y monumentos de la ciudad en cuestión a la que jamás iríamos.

Así ha pasado el tiempo.

Nos hemos hecho viejos.

Yo más que ella. Me falla la vista y el oído. Se me han caído varios dientes y mi paso es vacilante. Pero ella me sigue queriendo y mimando igual que antes. Los mismos paseos, la misma comida, las mismas películas, el mismo jardín y los mismos atardeceres.

Me gusta que me despierte por las mañanas y me traiga el desayuno. Leche y galletas, que son blandas y fáciles de masticar.

Yo, por mi parte ,nunca le meto prisa ni la pongo nerviosa. Podría caerse.

Todavía queda tiempo hasta que llegue el invierno. Nos iremos a la playa como cada año. Caminaremos despacito por la orilla del agua y ella irá tarareando canciones antiguas. Muchas veces olvidará sus gafas en la arena y yo iré a buscarlas y se las dejaré sobre la falda sin romperlas. Ella me acariciará suavemente la cabeza y me dirá -Gracias Milo, ¿eres el mejor perro del mundo!.

Rafí Bonet